

Serie Dirty Diana 2

Diana in love

SHANA FESTE

JEN BESSER

«Romántica, liberadora y deliciosamente
adictiva.» Demi Moore

 Planeta

JEN BESSER Y SHANA FESTE

DIANA IN LOVE

Traducción de Montse Triviño



Título original: *Diana in Love*

© Jennifer Besser and Quiet Girl Productions, 2025

© por la traducción, Montse Triviño, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30966-6

Depósito legal: B. 14.639-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



L'Wren se detiene junto al aparcacoches, delante de la Galería Hunt, y observamos a la elegante multitud.

—¿Quién has dicho que era ese tío? —me pregunta.

Los invitados, todos de punta en blanco, ocupan la acera. No tienen el aspecto que yo había imaginado: son mayores y puede que el dinero no les salga por las orejas, pero desde luego tampoco les falta.

—Gracias por venir.

—Faltaría más. ¿Para qué están las mejores amigas? Pero, ahora en serio, ¿quién es este tipo?

—Un viejo amigo de Nuevo México —le digo—. Cuando nos conocimos no era tan famoso como ahora.

Me retoco el pintalabios por última vez en el espejo, con el pulso desbocado ante la idea de ver otra vez a Jasper. Pienso en todo lo que puedo hacer para to-

marme esto con calma. Inspira: «Ha sido una buena idea». Espira: «Ha sido una idea pésima».

Jasper, mi primer amor, a quien no había visto en casi quince años, se puso en contacto conmigo la semana pasada. Estaba en la ciudad. Quedamos para tomar un café. Y llevo toda la semana de los nervios. Para empezar, no me esperaba verlo. Pensaba que me iba a reunir con alguien por trabajo, una especie de cita a ciegas concertada por mi amiga Alicia. Cuando levanté la vista y vi a Jasper, sentí que no podía respirar.

Era más alto de lo que recordaba, con las piernas más largas y los hombros más anchos. Cuando se sentó frente a mí, la mesa y todo lo que había en ella pareció encogerse. La mente se me aceleró, mientras trataba de averiguar cómo y por qué estaba allí, justo delante de mí, pero lo único que era capaz de evocar mi cerebro en ese momento era un recuerdo de hacía más de una década: los dos tumbados en la cama y Jasper preguntándome si me gustaba cómo iluminaba nuestros cuerpos desnudos la luz de la tarde.

—Diana —la sonrisa de Jasper era cálida y lánguida—, gracias por aceptar este encuentro. —Apoyó los codos en la mesa y la cara en las manos—. Alicia y yo pensamos que sería una sorpresa divertida. Y parecía

una idea muy inteligente hasta hace un minuto, cuando te he visto por la ventana desde la calle.

Solo de pensar que me había estado observando, empecé a notar calor en la punta de las orejas. Ojalá me hubiera cepillado el pelo por la mañana en lugar de recogérmelo de cualquier manera en un moño. Y ojalá me hubiera puesto algo más sexy, algo que no fuera una vieja camiseta azul de Oliver.

—Bueno. —Sonreí. Lo único que me salía era reírme. Ahí estaba Jasper, con sus ojos marrones, su pelo oscuro, sus labios rosados—. Sí que ha sido una sorpresa.

Me he imaginado a Jasper muchas veces a lo largo de los años, pero siempre me he resistido al impulso de buscarlo. Al tenerlo delante, sin embargo, me di cuenta de lo poco acertada que había estado en mis fantasías: había omitido sus dimensiones, que tan bien conocía, y lo excitante que es la sensación de estar cerca de un cuerpo cuya energía bulle justo bajo la superficie. El *enfant terrible* de Santa Fe. Esos ojos de mirada traviesa. Esa piel suave, ese atractivo tan masculino.

Se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos detrás de la cabeza, con el carisma de antes aún intacto.

—Intenté llamarte, ¿sabes? Cuando volví de aquel primer viaje a Londres. Pero tu número ya no existía.

De eso hace tanto tiempo que, en ese momento, sentada frente a él, la verdad es que no pude recordar si había cambiado de número a propósito cuando me mudé de Santa Fe a Dallas, desconsolada porque me habían roto el corazón, o si simplemente era tan joven y estaba tan arruinada que me había quedado sin teléfono durante una temporada porque no tenía ni para pagar la factura.

—Me imaginé que habías pasado página —dijo.

Noté que la gente se fijaba en Jasper. Algunas miradas persistentes de otros comensales. Es tan atractivo que resulta cómico. Tragicómico, como le gusta recordar a él con esos ojos que a veces parecen tristes.

—Fue hace un millón de años —le recordé.

—Catorce. ¿O quince? —preguntó.

Pero yo no quería retroceder en el tiempo. Era demasiado emocionante estar con él allí. En el presente.

—¿Cuánto tiempo te quedas en Dallas?

—Una semana, probablemente. No lo sé. —Levantó la vista de sus manos y me miró a los ojos. Se me aceleró el pulso—. Me gusta esta ciudad.

Mientras lo observaba desde el otro lado de la mesa, recordé una noche helada que habíamos acampado al oeste de Texas y nos llovió durante horas. No dormimos nada. Por la mañana, aturdida y tiritando de frío, esperaba que Jasper estuviera más que dis-

puesto a hacer las maletas, pero él se limitó a echar un vistazo a la tienda, gélida y empapada, y sonrió. «¿Nos quedamos otra noche?», dijo. Siempre conseguía que una idea terrible sonara emocionante. Y en ese momento me estaba mirando de esa forma.

Nos quedamos así, mirándonos por encima de la mesa, durante lo que me parecieron varios minutos. Noté que la sangre me subía a las mejillas, pero también una sensación familiar entre las piernas. A pesar de los años transcurridos, el calor entre nosotros no se había enfriado.

—Cuando le pregunté a Alicia qué estabas haciendo, me envió un enlace a la página web en la que has estado trabajando. Diana, en cuanto vi tus nuevos cuadros y oí tu voz en las grabaciones, me sentí tan orgulloso... —Se interrumpió de golpe, avergonzado—. Bueno, no es que yo haya tenido nada que ver, es solo que...

—Es bastante increíble, ¿verdad? —dije, para evitarle el mal trago—. Sexo positivo. Sexo... ¿obsesionado? Aún no sé lo que es.

—Es todo eso. Increíblemente sexy. Las ilustraciones son hermosas y descarnadas.

A Jasper le sonó el teléfono en ese momento y se excusó. Salió a la calle para hablar, y yo me quedé allí, observándolo a través de la ventana mientras camina-

ba en estrechos círculos y preguntándome si tardaría mucho en volver. Esperar a Jasper era una sensación familiar. Cuando por fin regresó a la mesa, se disculpó y me dijo que tenía que irse corriendo.

—¿Quieres venir a la inauguración de mi exposición? Es el jueves. Aquí, en Dallas.

Se me encogió el corazón al oír la palabra «jueves». Quería verlo esa misma noche. Y la noche siguiente. Y la otra. Para qué exactamente, no lo sabía. Así que le prometí que iría a la exposición y, al mismo tiempo, pensé: «Esta no es una jugada inteligente. Ahora no. Es un momento pésimo. Te partió el corazón, ¿recuerdas?».

Nos despedimos minutos más tarde y coincidimos en que era estupendo haber recuperado el contacto. Los dos fuimos muy educados, como si las sutilezas pudieran tapar los agujeros que nuestros sentimientos no expresados estaban cavando. ¿Qué le dices a alguien a quien amaste con locura en su día, pero que ahora es casi un extraño? Entonces nos abrazamos y, al oler su aroma, casi se me doblaron las piernas.

Por supuesto, me pasé toda la semana pensando si debía ir o no a la exposición de Jasper. ¿Cómo me sentiría al verlo ahora que el elemento sorpresa ya no contaba?

¿Y por qué no ir a ver su obra? Era aquí mismo, en Dallas. Convencí a L'Wren para que me acompañara, pero en realidad no le he contado gran cosa. Y ahora, mientras nos apretujamos entre la gente que hace cola para entrar en la galería, mi amiga permanece extrañamente callada.

—¿L'Wren? —digo, dejando que su nombre flote en el aire como una pregunta. Entrecierro los ojos para protegerme del sol de la tarde, que me da en la cara por encima de su hombro—. Cuéntame —añado.

—No es nada. De verdad. —Desvía la mirada de mi cara a sus sandalias y luego de nuevo a mí—. Estaba pensando... Kevin me ha dicho que se ha enterado de que Oliver ya no se ve con la señora esa de la zona de restaurantes.

He hablado muy poco con Oliver desde que se fue de casa y lo he visto aún menos. La última vez que dejó en casa a nuestra hija, Emmy, había una mujer sentada en el asiento delantero de su coche. La mujer en cuestión se comportó como supongo que lo haría una novia nueva: sonrió con amabilidad, con las gafas de sol puestas, y me saludó con discreción, sin hacer demasiado alarde de su presencia. Tenía una amplia sonrisa de dientes blanquísimos y uno de esos cortes de pelo *pixie* que hacen creer a otras mujeres que a ellas también les sentaría bien. Y, aunque podría ha-

ber sido perfectamente una astrofísica o una nadadora olímpica, a L'Wren le habían llegado rumores de que Oliver la había conocido en el centro comercial. Como muestra de lealtad a la amistad que nos une, L'Wren se limita a referirse a ella como «la señora esa de la zona de restaurantes».

—Y por eso quería asegurarme de que estabas informada de todos los detalles —insiste L'Wren—. Sobre que Oliver está soltero, me refiero.

Estudio su expresión y veo que tiene los labios ligeramente fruncidos. ¿Cree que es bueno o malo que Oliver esté soltero? Antes de que pueda decidirme, cambia de tema.

—Siempre he querido venir aquí. —La fila avanza y me coge del brazo, sonriendo—. El marido de Trish dice que compró un Seok aquí por más de cien mil pavos. Tu chico misterioso debe de ser bastante famoso.

—No es mi chico.

—¿Me lo puedo quedar yo, entonces?

Desde el escaparate de la galería, una foto de Jasper da la bienvenida a los asistentes a la inauguración. Tiene el mismo aspecto que en el café: hoyuelos y encanto fácil.

Nada más entrar, L'Wren se cruza con una pareja que conoce de su club y yo me escabullo. Me abro paso decididamente por la galería, aunque sin bajar la

guardia por si Jasper aparece de repente. Echo un vistazo a la sala. No tendría que ser difícil verlo, porque seguro que tiene una multitud de admiradores pululando a su alrededor.

Como no lo encuentro por ningún lado, decido dar una vuelta para disfrutar con calma de la exposición. Es fácil dejarse llevar: las fotografías de Jasper son imponentes y, al contemplarlas, una siente el deseo de sostener su mirada inquebrantable. Una mujer sola en lo que parece arena del desierto empapada tras la lluvia; el rostro de un chico en la ventana de una villa en ruinas. Esta exposición es más variada que la última que vi de Jasper, sobre todo por la mezcla de paisajes y retratos.

Puesto que sigo sin ver a Jasper entre la multitud, busco el móvil y le envío un mensaje.

Estoy viendo tu exposición.

Es preciosa.

No espero respuesta —seguro que lo están agasajando en algún lado y llegará con el consabido retraso elegante—, pero me quedo con el teléfono en la mano por si las moscas. Paseo entre la multitud, que es mucho más numerosa cerca de la barra, y me resulta reconfortante verme engullida. Me dejo llevar por la co-

rriente y nos movemos como un banco de peces de una foto a la siguiente hasta que una imagen en blanco y negro, cerca de la ventana, me pilló por sorpresa. Soy yo, una Diana más joven, sentada a la mesa de la cocina de Jasper. No miro a la cámara y estoy desnuda, excepto por un par de calcetines blancos. En la mano tengo una golosina para un perrito que salta, a mi lado.

Me siento incapaz de mover los pies, ni siquiera cuando el suelo parece abrirse bajo ellos. El corazón se me desboca y cierro los ojos para que la habitación deje de dar vueltas. Me obligo a regresar a esta galería y a esta multitud, a alejarme de esa cocina. Y, como si estuviera planificado, Jasper responde a mi mensaje.

No te enfades. Nadie se dará
cuenta.

Me doy la vuelta y espero encontrarlo detrás de mí, observándome.

Pero no está. Vuelvo a echar un vistazo a la multitud. Veo a una morena bajita vestida de pies a cabeza con un traje color crema de Chanel y a su acompañante, que parece bastante aburrido. A un hombre con gafas de cristales tintados en naranja que habla en voz baja por el móvil, tapándose la boca con una mano. A

tres mujeres con cócteles a juego que se dedican a charlar, sin apenas molestarse en mirar las fotografías. Sigo buscando. Busco la postura familiar de Jasper cuando está conversando, la forma en que siempre se inclina hacia la persona con la que habla o cruza los brazos cuando se ríe amablemente. Pero no lo veo por ninguna parte, así que le envío otro mensaje de texto:

¿Estás aquí?

Responde al instante.

Por desgracia, no. He tenido que irme a Berlín en el último momento.

Siento que la adrenalina abandona mi cuerpo, y me alivia que Jasper no pueda verme ahora mismo, ruborizada ante mi propia foto. Pero, tras el alivio, me invade una oleada de decepción. Me llega otra notificación al teléfono.

Es mi favorita de toda la colección.
Me recuerda a ti.

¿Porque SOY yo?

Y, para que no piense que me molesta la foto, añado:

¿Desnuda en una galería llena
de desconocidos...?

Bueno... Sí. Supongo que podría
hacerte otra con jersey de cuello
alto y pantalones... Pero no será
tan buena.

De nuevo, noto calor en las mejillas, pero esta vez
no se detiene ahí. Me baja hasta la garganta y me reco-
rre todo el cuerpo. Siento un deseo irrefrenable de es-
tar con Jasper, de que me rodee con los brazos por
detrás, de que me abrace como solía hacer, de apoyar
la cabeza en su pecho.

Tengo que saberlo. Supongo
que Dallas no es tu próxima
parada después de Berlín, ¿no?

Londres. Luego París. De vuelta
a Berlín. Y luego, a lo mejor...

Tras una pausa, añade:

¿Una bonita mesa de cocina
en algún sitio?

Sonrío, mientras intento pensar qué responder. Me siento abrumada ahora que estoy rodeada de su obra. Hace que lo eche mucho de menos. Me llega otro mensaje:

En Alemania hace mucho frío.
Me vendría bien tu calor.

Me quedo a la sombra de su fotografía, observo a la chica en calcetines y recuerdo al chico que le rompió el corazón. La forma en que él se marchó de la ciudad y dejó atrás una relación que justo estábamos empezando. Sobresaltada por el recuerdo, respondo:

Es una exposición preciosa,
Jasper.

Antes de que pueda decidir si debo añadir algo más, L'Wren aparece a mi lado.

—¿Eres tú?

Me fijo en sus ojos, cada vez más abiertos.

—Ya podemos irnos.

—¡Sabía que eras tú! Estás guapísima. Mira qué piernas.

—Deberíamos irnos.

Trago saliva, pero no consigo recuperar el aliento. De repente, la habitación me parece muy pequeña y hace demasiado calor.

—Tranquila, no pasa nada. —L'Wren me coge la mano, bañada en sudor—. Vamos a tomar el aire.

Me lleva a la azotea, que está casi vacía, salvo por una barra de bar en la que no hay cola y un grupo de hombres vestidos con traje elegante que parecen ab-sortos en una conversación.

L'Wren me ofrece agua y me aprieta el hombro.

—¿Estás bien?

—Jasper es mi ex.

—Eso ya lo había pillado, cariño —responde entre risas.

Cuando llego a casa, escucho un mensaje de voz de Oliver. Ha cancelado nuestra cena de mañana por la noche, una cena que ya hemos reprogramado tres veces en las semanas que han transcurrido desde que se fue de casa. Su mensaje dice:

La verdad es que no me apetece.

Me doy una ducha, me meto en la cama y, luego, hago lo que he hecho todas las noches desde que Oliver se fue: quedarme despierta durante horas, incapaz de conciliar el sueño. Reproduzco mentalmente el intercambio de mensajes con Jasper, mientras intento convencerme de que no pasa nada si no nos hemos visto esta noche. Claro que está ocupado, tiene una vida plena. Y yo también. Ha pasado mucho tiempo desde Santa Fe. Ya casi ni nos conocemos. Tal vez vuelva a verlo, tal vez no.

Vuelvo a verlo. Cuando por fin me duermo, Jasper se me aparece en sueños. Estamos en una habitación con una luz cegadora y le pregunto si podemos correr las cortinas.

En cuanto las corre, la habitación se vuelve nítida. Las paredes están pintadas de un azul pálido y no reconozco nada del lugar. Hay una cama, una silla y una alfombra demasiado pequeña para la habitación. «No te fijas demasiado en los detalles», me oigo decir en voz alta, aunque solo quería pensarlo, en silencio, para mí misma.

Jasper se ríe y tira de mí. No lleva camisa, solo vaqueros, y noto el calor de su pecho desnudo contra el mío. Por lo demás, está exactamente igual que en el café. Y

regresa el rubor que me invadió cuando lo vi allí, solo que esta vez con una intensidad abrumadora.

No llevo camiseta, solo una falda negra y un sujetador rosa de encaje que no reconozco. Cuando Jasper me lo desabrocha, me siento aliviada al notar que se me baja de los hombros y cae al suelo. Quiero sentir sus manos sobre mis pechos desnudos.

—Jasper.

Lo digo como una especie de advertencia para los dos: no deberíamos estar aquí, algo me dice que no está permitido. Pero, en lugar de eso, suena exactamente como lo que es: una súplica. Como si le estuviera pidiendo que me toque en todas partes a la vez.

—¿Por qué has venido a mi habitación de hotel?
—me pregunta.

¿Esta es su habitación de hotel? No hay nada en las paredes, ni cuadros, ni fotografías. La cama solo tiene una manta, no hay almohada.

—¿Por qué estás aquí? —vuelve a preguntar, esta vez susurrándome al oído.

Me pasa los dedos por los brazos y me estremezco.

—No lo sé. Quizá haya sido un error.

—Entonces ¿por qué sigues aquí? ¿Por qué no te vas? —Al ver que no le contesto, Jasper recorre la cintura de mi falda hasta encontrar la cremallera. Detiene la mano ahí, pero se acerca más a mí, hasta que-

dar a escasos centímetros—. Me sigues... —dice, mirándome a los ojos—. Me sigues teniendo cautivado.

Me baja la cremallera y la falda cae hasta los tobillos. Ahora estoy completamente desnuda. Da un paso atrás y me observa al tiempo que coge aire. El suelo parece combarse bajo mis pies: es una sensación de inestabilidad que me resulta familiar, como si la tierra fuera a tragarme en cualquier momento. Y entonces oigo una voz en mi cabeza: «No dejes que se vaya. Aférrate a él». Lo agarro por una de las trabillas de los vaqueros y tiro de él hacia mí.

—Tengo que irme. Llego tarde —digo.

Respiro el aire que nos separa y dejo que me caliente todo el cuerpo.

—Quédate un poco más...

—No —susurro. Pero sigo sin moverme. No soy capaz.

Jasper me levanta la barbilla y me besa, despacio, apoyando sus cálidos labios en los míos. El suelo que tengo ahora bajo los pies está enmoquetado, es suave y mullido.

—Quédate conmigo —susurra—. No te vayas, por favor.

Siento una oleada de placer al oír su voz suplicante. Me alejo un poco para desabrocharle los vaqueros. Gime de expectación cuando se los bajo y le cojo len-

tamente el miembro. Lo noto crecer en mi mano y pienso que hacía meses que no me sentía tan viva.

—Túmbate —le digo, empujándolo con suavidad hacia el suelo.

—Diana —gime. Aun así, hace lo que le digo. Lo observo mientras se tumba, pero me mantengo fuera de su alcance—. Por favor —repite.

No dejo que me toque. En lugar de eso, lo rodeo, contemplando con avidez su cuerpo mientras él contempla el mío. La habitación se vuelve aún más oscura, pero es agradable: estamos solos los dos y, cuanto más se oscurece la habitación, más pequeña parece, como si quisiera acercarnos más y más el uno al otro.

Me siento en el borde de la cama y abro las piernas. Vuelve a gemir y lo miro mientras se acaricia.

—No te toques —le digo—. Solo mira. —Obedece y retira la mano de su miembro erecto—. Bien. —Abro más las piernas para que pueda ver lo hinchada que estoy, lo mucho que deseo que me toquen. Acerca de nuevo una mano, pero se la aparto—. Solo yo.

Deja caer la mano al suelo, junto a su cuerpo. Cuando se relaja, me meto dos dedos y cierro los ojos. Me invade una oleada de placer. Me dejo caer de espaldas en la cama, hundo un poco más los dedos y empiezo a moverlos cada vez más rápido. Levanto un

poco las caderas, aprieto la mano con los muslos. Cuando abro los ojos, Jasper está de pie delante de mí. Le cojo una mano y los dos notamos una descarga eléctrica. La familiaridad de la sensación nos hace sonreír.

—Te he echado de menos —dice.

—Ahora estoy aquí.

—¿Ya puedo tocarte? —Le cojo las dos manos y acerco su cuerpo al mío—. Diana —susurra junto a mis labios.

A modo de respuesta, le doy un largo beso y luego lo ayudo a tenderse de espaldas en la cama.

Me coloco a horcajadas sobre su cintura y la habitación empieza a dar vueltas. Lo único que quiero es apoyarme en él para no perder el equilibrio, pero temo que desaparezca si lo hago. Me quedo en esa postura y dejo que me toque. Primero le doy permiso para acariciarme las caderas y, luego, el culo. Le cojo las manos y me las acerco a los pechos. Se apoya en los codos para chuparme un pezón. Sus labios son cálidos y carnosos y no quiero que deje de besarme nunca.

—Oliver —grito, al tiempo que dejo caer la cabeza hacia atrás.

Mierda. El nombre equivocado queda flotando pesadamente en la habitación. Ya no puedo retractarme.

Jasper levanta la vista, sorprendido, y luego sonríe.

—¿Quieres que sea él?

La habitación se oscurece aún más, tanto que Jasper no puede ver mi angustia.

—No. Solo quiero que seamos nosotros. —Cierro los ojos y deseo que la habitación siga igual, que sigamos siendo lo que somos.

A modo de respuesta, me levanta por las caderas y me penetra. Noto una oleada de calor y deseo, y me colma la sensación de tenerlo dentro de mí. Nos movemos al mismo ritmo y empieza a crecer algo que ninguno de los dos quiere que termine. Cuanto más nos acercamos al clímax, más se ilumina la habitación, hasta que nos corremos juntos, bañados por el sol cálido y deslumbrante.

Abro los ojos. Reconozco la habitación en la que estoy. Cada detalle me resulta abrumadoramente familiar. Las paredes están pintadas del tono exacto de blanco que Oliver y yo debatimos durante semanas; las contraventanas son las mismas que colocamos hace cuatro años, tras ahorrar el dinero necesario; el sol que se cuela a través de ellas entra justo por el mismo ángulo de cada amanecer de finales de primavera, y los fragmentos de cielo que veo lucen las habituales tonalidades de amarillo y naranja.

Pero lo que me resulta más familiar es la sensación, una sensación antigua que regresa de golpe: la sensación de despertarme feliz y saciada después de una noche de sexo con Jasper.